

sus generales: suceso que, como dice un antiguo historiador, «dió que contar para los siglos venideros, y causó grandes y muchas romerías, devociones y votos.» Bien espíó su temerario antojo, y bien debió aprender á no confiar en la fortuna, que así le habia sonreido en Tunez como se le mostró ceñuda en Argel: gran leccion para los principes que, fiados en su poder ó en su suerte, dan entrada en su pecho á la presuncion y á la arrogancia. Grandes y muchas fueron las pérdidas, muchas y grandes tambien las calamidades á infortunios que causó esta malhadada expedicion; y sin embargo, aun se habian temido mayores en España y en los dominios del imperio, donde la distancia los hacia llegar abultados, como de ordinario acontece con las malas nuevas. Todavía miró España como un consuelo el regreso del hombre que sacrificaba sus hijos, ya en prósperas, ya en desafortunadas empresas, así para ganar triunfos como para sufrir reveses ⁽¹⁾.

(1) Nicol. Vilagn. Caroli V., expeditio ad Argvriam.—Sandoval, Historia del emperador, libro XXV.—Paolo Giov., Hist., lib. XL.—Vera y Zúñiga, Vida de Carlos V.—Carta del comendador Váñuelos sobre lo ocurrido en la expedicion de Argel: MS. de la Biblioteca del Escorial, estante ij.—V.—4.—Carta del emperador al cardenal Tavera: MS. de la Biblioteca del Escorial, ij.—V.—3. y en la Coleccion de documentos inéditos, tom. I.

CAPITULO XXV.

GUERRA GENERAL CON FRANCISCO I.

De 1544 á 1545.

Motivo en que fundó el de Francia la guerra.—El asesinato de Rincon y de Fregoso.—Busca aliados contra el emperador.—Levanta cinco ejércitos.—Plan de ataque general.—Sus resultados en el Piamonte, en Flandes, en las fronteras de España.—Alianza del francés con el turco; del emperador con el rey de Inglaterra.—Marcha de Carlos á Italia y Alemania.—Estraña propuesta del pontífice: recházala Carlos.—Conquista el ducado de Gueldres.—El duque de Orleans en Luxemburgo.—Célebre sitio de Landrecy.—El sultán en Hungría: Barbaroja, en Francia.—Carlos V. en la dieta de Spira.—Ejército auxiliar de los protestantes.—Retirada de Barbaroja y aislamiento del francés.—Terrible derrota de los imperiales en Cerisoles.—Entrada de Carlos V. y de Enrique VIII. de Inglaterra en Francia.—Progresos del emperador.—Se aproxima á París.—Temores en aquella capital.—Situacion del rey Francisco.—Tratos de paz.—Capitulos generales de la paz de Crespy.—Retirada del emperador y su ejército.—Muerte de Barbaroja.—Carlos V. en Bruselas.

Desde el viage engañosamente amistoso de Carlos V. por Francia, y mucho mas desde la desenmascarada respuesta que dió á los embajadores del rey Francisco en Gante sobre el asunto de Milan, na-

die dudaba ya de que las mentidas demostraciones de cordialidad y confianza entre aquellos dos soberanos pararian en mas cruda guerra que las que hasta entonces habian tenido, y para ello no le faltaba ahora razon al monarca francés. Mas no le era decente fundarla en la falsía del emperador sobre el negocio del Milanesado, si no habia de patentizar él mismo su necia credulidad á los ojos de Europa. Necesitaba, pues, otro fundamento, y este no tardó en presentársele.

Uno de los mas eficaces servidores de Francisco I. y de los mas activos enemigos de Carlos V. era un tráfuga español llamado Antonio Rincon, que suponemos era el mismo de que hemos hablado en el capítulo precedente, y de quien se recelaba en 1540 habia de dar aviso al sultan de Turquía de los tratos entre Carlos V. y Barbaroja. Era el Rincon hombre hábil para los negocios, y solia tenerle el monarca francés empleado en Constantinopla cerca del sultan, cuya gracia habia logrado captarse el castellano. Interesado otra vez Francisco I. en renovar su antigua alianza con el turco, y conviniendo á los dos hacer entrar en sus miras y proyectos contra la casa de Austria á la república de Venecia, con la cual acababa Soliman de ajustar paces, despachó á Rincon con pliegos para aquella señoría, invitándola á hacer causa comun contra el emperador, y haciendo á su senado ventajosos ofrecimientos. Habia de incorporarse

Rincon en el camino con César Fregoso, otro tráfuga genovés, tambien de la confianza del rey Francisco. Hizolo asi el español, y los dos enviados se embarcaron en el Tesino para hacer con mas comodidad el resto del viage á Venecia. En el momento se vieron asaltados y embestidos por unos enmascarados que en otras barcas los aguardaban, y que arremetiéndolos bruscamente cosieron á puñaladas á los dos embajadores, mas no pudieron apoderarse de sus papeles, porque habian tenido la prevision de enviarlos por delante al representante de Francia en Venecia (mayo, 1544).

Aunque no fueron conocidos los enmascarados, tuvo por cierto que eran gente apostada por el marqués del Vasto que gobernaba á Milan, que tenia noticia de la mision que llevaban los dos tráfugas confidentes del francés y del turco. Tan ágricamente como era de esperar se quejó el rey Francisco al emperador, pidiéndole satisfacciones del escandaloso y criminal asesinato cometido durante una tregua y en dos personas revestidas del carácter sagrado de embajadores. Carlos, pensando entonces solamente en su espedicion á Argel, no hizo sino eludir lo mejor que pudo las quejas. El marqués del Vasto negaba obstinadamente la culpabilidad que el rey de Francia le atribuía en el delito. Mas de las indagaciones que sobre tal suceso hizo Guillermo Du Bellay en el Piemonte, y del juicio de la opinion pública, dado que

no resultase probado el cargo, tampoco salia el del Vasto libre de vehementes sospechas (4).

Sirvióle de todos modos este acontecimiento al rey Francisco para procurarse aliados contra el emperador, aunque con tan escasa fortuna, que de todos los soberanos y príncipes cuya ayuda solicitó, solo le respondieron los reyes de Dinamarca y Suecia, que por primera vez se iban á mezclar en las contiendas de los dos formidables rivales, y el duque de Clèves, que disputaba al emperador el pequeño ducado de Güeldres, y á quien Francisco, para más ligarle, casó con Juana, hija del que seguia llamándose rey de Navarra (junio, 1544). La malhadada expedicion de Cárlos á Argel, en ocasion que el turco, aliado del francés, se hallaba pujante en Hungría, ofrecia, al parecer, la mejor coyuntura á Francisco para emprender la guerra, pero detúvole sin duda una enfermedad que entonces le sobrevino, producida por sus desarreglos y estragadas costumbres. Ello es que al regreso del emperador de su calamitosa jornada de Argel, fué cuando el rey Francisco hizo ostencion de su poder, presentando á la vez cinco ejércitos que en aquel espacio habia preparado. Uno, mandado por su hijo Cárlos, duque de Orleans, debia operar en el Luxemburgo:

(4) Hist. di Venetia.—Du Bellay, Memoir.—Jovio, Hist., libro XL.—Robertson, lib. VIII.—Sandoval, en su deseo de salvar de tan terrible cargo al emperador y á su general, dice que «hubo en

este negocio, como en todos los demas, diversos juicios en el mundo, mas ya hasta que venga el general no se sabrá la verdad del hecho.» Lib. XXV.

otro, al mando del delfin Enrique, debia marchar por Rosellon hácia las fronteras de España; el tercero, á cargo del mariscal de Güeldres, Martin Van Rossen, era destinado al Brabante; el duque de Vendôme, Antonio de Borbon, habia de conducir el cuarto á los Países Bajos, y las tropas del Piamonte las encomendó al almirante Annehaut, que acababa de reemplazar en la privanza del rey al condestable Montmorency que tan grandes servicios habia hecho á la Francia.

Vemos, pues, á Francisco I., no obstinado como otras veces en arrojarse con todo su poder sobre el Milanésado, objeto antiguo y perenne de su ambicion, sino formar un plan general de ataque á los dominios imperiales, partiendo del centro y de allí abanicándose sobre la circunferencia. El resultado de esta nueva combinacion no correspondió sino muy imperfectamente, al tiempo que se habia tomado para prepararse, á la grandeza y aparato del esfuerzo, y á las circunstancias en que se hacia. En el Piamonte tomó Du Bellay por astucia algunas ciudades. En Flandes todas las fuerzas y todas las bravatas de Van Rossen y del duque de Clèves con su ejército de alemanes se estrellaron contra la firmeza de Amberes y de Lovaina. El duque de Orleans fué quien se apoderó de Luxemburgo y de casi todo el condado de Brabante. Pero habiéndose vuelto á Francia, dejando por gobernador al duque de Guisa, no bien habia regresado á aquel reino cuando el príncipe de Orange se puso sobre Lu-

xemburgo, recobró todo lo que habían tomado los franceses, y acabada aquella empresa revolvió contra el de Cléves, deseoso de vengar en él el daño que Brabante había recibido (1542).

Por lo que hace á la frontera de España, el delfin, que había venido al Rosellon con cuarenta mil hombres, no se dió tanta prisa como hubiera necesitado para coger á Perpiñan desprevenida, y dió tiempo al emperador para pedir y recoger fuertes auxilios de gente y de dinero de los aragoneses, para que de Castilla le acudiesen muchos señores con sus banderas, para que el duque de Alba abasteciera á Perpiñan de vituallas y municiones y pusiera en ella un buen presidio. Pero, aunque el delfin llegó á ponerse cerca, encontró ya una resistencia que no había esperada: y al cabo de algun tiempo de inútiles tentativas, viendo por otra parte que los auxilios que aguardaba del turco no venian; que el hambre y las enfermedades iban diezmando sus tropas, y con noticia que tuvo de que el emperador en persona se dirigia al socorro de la ciudad, levantó el campo y se volvió á Mompeller donde estaba el rey su padre (1). De este modo, despues de tan inmensos preparativos, y en una ocasion en que tan quebrantado parecia estar el poder del emperador con el desastre de Africa, estuvo lejos el rey Francisco de recoger el fruto de

(1) Du Bellay, Memoir.—San- Robertson, lib. VII.—Córtes de doval, lib. XXV., núm. 45 á 20.— Monzon de 1542.

tan costoso esfuerzo, ni de corresponder á la espectacion en que había puesto á la Europa entera.

Uno y otro monarca emplearon el resto de aquel año y el inmediato invierno en prepararse á nuevas campañas, en levantar tropas y en buscar aliados, dispuestos á sacrificarlo todo menos sus odios y sus rivalidades. Francisco fiaba, y en ello puso todo su ahincó y empeño, en que el turco se decidiria á ayudarle poderosamente, volviendo el mismo Soliman en persona á Hungría y avanzando por tierra hácia los dominios del imperio, mientras Barbaroja con la armada turca plagaria otra vez el Mediterraneo y guerrearía las costas de Sicilia y aun de España. Carlos, despues de fortificar y proteger las fronteras españolas, señaladamente las plazas de Perpignan y Salsas, y de escribir á todas las ciudades y á todos los señores del reino para que se apercibiesen á acudirle con todo género de servicio como buenos y leales (1), trató por medio de sus embajadores en Roma y puso el mayor conato en ver de reducir al pontífice á que se decidiera á entrar en la liga contra el francés, siquiera por el escándalo que daba á la cristiandad en aliarse para daño de ella con los infieles. Encerrado Paulo III. en su sistema de neutralidad entre ambos monarcas, temiendo por otra

(1) Carta del emperador á las ciudades, prelados, grandes y caballeros del reino, dándoles cuenta del estado en que las cosas se hallaban y reclamando sus servicios. De Madrid á 28 de enero, 1543.

parte romper con el francés, no fuera que exasperado se apartara de la obediencia á la Santa Sede como el de Inglaterra, no obstante que la mayoría de los cardenales opinaba que debia declararse al rey de Francia por enemigo comun y privarle del título de Cristianísimo, no se determinó á complacer á Carlos; el cual, desabrido del poco agradecimiento del pontífice despues de haberle dado su hija Margarita para su nieto Octavio con Novara y otras tierras, espidió una pragmática para que ningun extranjero pudiese obtener en España pension ni beneficio, cosa que iba directamente contra el papa.

A falta de este aliado, buscó el emperador á Enrique VIII de Inglaterra, que ofendido de la amistad del francés con el rey Jacobo de Escocia, gran enemigo de Enrique, se reconcilió fácilmente con el emperador é hicieron los dos un tratado de alianza (febrero, 1543), por el cual convinieron en exigir á Francisco que abandonára su amistad con el turco, que pagára á Enrique las sumas que le adeudaba, que devolviera á Carlos la Borgoña y suspendiera toda hostilidad contra él, so pena de invadir ambos la Francia, cada cual por su lado con respetable ejército (1). Esta confederacion de Carlos con un monarca protestante disgustó mucho al pontífice y fué generalmente murmurada. Creemos, no obstante, que tampoco podia hacerse un cargo justo al emperador, por mas que

(1) Rimer, Fœder, XIV.

fuese el representante y el campeon del catolicismo, como dijimos acerca de los tratos con Barbaroja, puesto que se trataba de resistir al francés, que llamándose cristianísimo no reparaba en llamar contra él las armas de los infieles, ni escrupulizaba en poner en peligro toda la cristiandad, provocando y atrayendo sobre ella armadas y ejércitos mahometanos.

Con esto determinó el emperador ir personalmente á Italia y Alemania para oponerse al poder del turco, que era el mas formidable. Nombró regente y gobernador de estos reinos al príncipe don Felipe, de edad ya de diez y seis años, que acababa de ser reconocido y jurado heredero y sucesor del trono, asistido de los consejos del cardenal Tavera: encomendó el despacho de los negocios al secretario imperial Francisco de los Cobos; dió al duque de Alba, don Fernando de Toledo, el título y cargo de capitán general de los reinos de Aragon y Castilla (1.º de mayo, 1543); tomó cuatrocientos mil ducados que las Córtes de Castilla le otorgaron por servicio ordinario y extraordinario; recibió prestada una cuantiosa suma del rey don Juan de Portugal sobre la conquista de las Molucas; se incorporó en Barcelona al príncipe Andrés Doria que le esperaba con sus galeras, y embarcándose en aquel puerto con ocho mil veteranos españoles, mil que tomó en Perpiñan, y setecientos caballos, en cuarenta y siete galeras y mas de cuarenta naves, arribó á Génova (fin de junio, 1543), y se hospedó en el palacio

de Doria, donde concurrieron á visitarle el marqués del Vasto, don Fernando de Gonzaga, Cosme de Médicis, duque de Florencia, y Pedro Luis Farnesio, hijo del papa y padre de Octavio ⁽¹⁾.

Necesitando todavía mas dinero, y no viendo ya manera de sacarlo de sus esquilgados señoríos de Italia, contrató con Cosme de Médicis retirar las guarniciones que conservaba en Florencia y en Liorna, y dejárselas libres por la suma de ciento cincuenta mil ducados, quedando de este modo el de Médicis dueño de dos plazas, que por ser tan importantes eran llamadas los grillos de Toscana ⁽²⁾, y tan agradecido que puso en ellas guarnicion de españoles y tudescos, con lo que no dejó de disgustar á los italianos.

Quería el papa á toda costa ver al emperador antes que pasase á Alemania, y á este fin habia enviado á Génova su hijo Pedro Luis, y luego le suplicó lo mismo por medio del cardenal Farnesio, su nieto. Negábase á las vistas el César, resentido del pontífice

(1) Minutas de diferentes despachos y consultas del emperador en Madrid y otros lugares de Castilla y Aragon, relativamente á aprestos y disposiciones de armamento y defensa de las fronteras y costas, etc. Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 449.—Cartas y consultas del principe don Felipe, consejos, presidentes, ciudades, corregidores, prelados, grandes y toda clase de personas sobre el apresto, fortificacion y defensa de las costas y fronteras,

y armamento de gente de guerra, provisiones y demas negocios de esta clase.—Item, sobre la armada de Barbaroja y la francesa, escrito todo al emperador.—Archivo de Simancas, Estado y Castilla, número 60.

(2) Baldini, Vita di Cosme Médici.—Era tal la falta de dinero en Italia, que el marqués del Vasto se veia imposibilitado de obrar por temor de que se le rebelaran sus tropas, á las cuales debia muchos meses de sueldo.

por no haber accedido á confederarse con él contra el de Francia. Mas tanto y tan vivamente le instó, que al fin condescendió Carlos en que se viesen en Bujeto ⁽¹⁾. Allí se descubrió el interesado fin que habia movido al pontífice á solicitar con tanto ahinco la entrevista. No contento con ver á sus nietos hechos duques con estados, y hasta enlazados á la familia imperial, y valiéndose de la necesidad que el emperador tenia de dinero, le propuso comprarle el ducado de Milan por una cantidad crecida. Entróse en tratos, y hasta en vergonzosos regateos, y finalmente, como dice el prelado historiador de Carlos V.: «el negocio »se apretó tanto, y la necesidad del emperador era tal, »y el dinero de Paulo tan sabroso, que tuvo por acabado este negocio ⁽²⁾.» Pero opúsose en otros á esta venta el gobernador de Siena don Diego de Mendoza, «caballero sabio y discreto de los mas que en su tiempo hubo,» y lo hizo presentando al emperador un escrito razonado, y tan enérgico, vigoroso y atrevido, y probando con tan fuertes argumentos la inconveniencia de la enagenacion, y descubriendo con tal libertad y desembarazo la desmedida ambicion del papa, que se deshizo el trato, y se conservó, merced á este esfuerzo, la posesion de Milan ⁽³⁾.

(1) Lugar entre Plasencia y Cremona.

(2) El obispo Sandoval, libro XXV., núm. 29.

(3) El historiador, obispo de

Pamplona, trata en esta ocasion con no poca dureza al papa Paulo III. «Mas á la verdad (dice) no era sino con codicia de comprar el estado de Milan para su nieto,